



La escritora Nuria Amat, amante del ballet, en la escuela de danza de Coco Comin en Barcelona. /MARCEL·LÌ SÁENZ

**NURIA AMAT** Escritora

## “Me horroriza tener un marido”

KARMENTXU MARÍN

**Pregunta.** Es familia del asesino de Trotski. ¿Esto tiene más o menos mérito que conocer al toro que mató a Manolete?

**Respuesta.** Es que este toro de mi libro es casi tan importante como el de Manolete. Pero lo importante es que para mí ha sido una fuente de literatura.

**P.** Si el premio que acaba de ganar, el Ramon Llull, es el Planeta, pero en catalán, ¿por qué la despachan con 90.000 euros?

**R.** ¿Tanto he cobrado? Se ha ido todo a la hipoteca. Pero es que en catalán lee menos gente. Lo que espero es ganar el Planeta algún día.

**P.** Siempre ha escrito en castellano. Dicen que por los 90.000 se ha pasado de bando. Sale baratita.

**R.** Yo creo que valgo más. Pero no me he pasado de bando. Soy de dos bandos. De sumar, no de restar. En la Europa del siglo XXI es mejor compartir culturas y lenguas que no quedarse en el latín.

**P.** Los nacionalistas la han ninguneado a modo, como si fuera una talibana del castellano.

**R.** Yo he escrito otras cosas en catalán. Sé que las comparaciones son inmodestas, pero Kafka y Beckett, dos de mis maestros, también escribían en dos lenguas y amaban las dos. Yo tengo dos lenguas que amo. Y creo que no me merezco lo que me han hecho, sinceramente. Aunque sé que nadie es profeta en su tierra, y yo me

siento querida desde el punto de vista literario en otros países.

**P.** ¿Escribió *Amor y guerra* para contarnos su parentesco con Ramón Mercader?

**R.** No. He querido describir cómo vivieron la guerra las familias de entonces. Está Ramón Mercader, y muchos otros.

**P.** Pero no en todas las familias había un tipo decidido a matar a Trotski.

**R.** Pero en todas las familias había un comunista, uno de la FAI, un cenetista, uno de la Lliga, un cura, un portero.

**P.** ¿Qué dice de las ventas su echadora de cartas?

**R.** Mi echadora de cartas, que lo es también de cantidad de políticos de este país, me auguró todo el éxito, y me dijo que iban a darme un premio.

**P.** Tiene una foto infantil en Google vestida de Caperucita. ¿Quién es su lobo?

**R.** Es algo más importante que una persona. No es un amor, no es un hombre. Caperucita es una niña rebelde, y el lobo que me va a devorar y se va a comer a mi abuelita es la sociedad en la que vivimos, el conservadurismo social. En este momento me siento desubicada en Cataluña, en España y en el mundo.

**P.** Intelectual, al parecer, desde la guardería, en la foto lleva libros en la cecita. ¿No teme que se le manchen con la miel?

**R.** No. Miel con libros es una buena mezcla.

### Perfil

Con 61 años y dos hijas, le gusta reír, leer, pensar, coquetear y seducir. También decorar, y enredar con temas inmobiliarios. Tiene una biblioteca de gran calidad literaria, según cuenta. No en vano desde niña jugaba con su padre a encontrar libros en las estanterías, y se lo pasaba en grande. “No era nada repelente: con las monjas, o en conducta y 10 en trabajo”. Hace ballet clásico y se vuelve loca buceando en el mar.

**P.** ¿El lobo es un machista, un fresco o un partidazo para Caperucita?

**R.** El lobo es un machista, un conservador, un hipócrita. Es mi enemigo social. No es un hombre, exactamente, porque yo soy amiga del hombre, y creo que en mí tengo dos sexos.

**P.** Es usted una chica muy rara.

**R.** Y si pudiera tener más, más tendría. Adoro a las mujeres y a los hombres. Lo que cuenta es la amistad. El sexo me gusta más practicarlos con hombres. Pero nunca se cierran las puertas.

**P.** “Para poder escribir hay que estar en los límites de la locura”. ¿Lo dice por justificarse?

**R.** También. Cuando escribo, lo más importante es cómo digo las cosas, decirlas como nadie las

dice. Yo quiero estar en la historia de la literatura, pero no por estar, que ya me habré muerto, sino porque disfruto con el lenguaje, leyendo las grandes voces literarias. Mi pretensión ha sido esa.

**P.** Ser como Cervantes, o García Márquez.

**R.** Pues sí [ríe]. Esta ha sido mi pretensión. Tener una voz propia. Lo difícilísimo es hacer que tu voz sea distinta a las otras.

**P.** “En España, los premios son comerciales. En el extranjero hay auténticos premios literarios”. Qué ocasión para haberse callado, ¿no?

**R.** Bueno [ríe], siempre está la excepción que confirma la regla. Cuando te los dan, si hay dinero hay que aceptarlo, porque vivimos de eso.

**P.** ¿El sagrado aforismo de *la pela es la pela*?

**R.** No, no me gusta esa frase. Para mí, la pela es algo que me he creado para ser libre. Un instrumento para poder escribir.

**P.** ¿Es mejor tener un amante o un marido?

**R.** Las dos cosas, pero no a la vez. Yo quiero tener un compañero, una persona que sea mi igual. Me horroriza lo del marido.

**P.** ¿Usted mataría a Trotski?

**R.** No. Yo no mataría a nadie. Solo a alguien que matara a mi hija.

**P.** Se apunta al “Yo, por mi hija, mato”, de Belén Esteban.

**R.** Es que esa frase ha llegado a todo el mundo porque es así.

## Lágrimas

MANUEL VICENT



En medio de la selva de Camboya, bajo un impenetrable trenzado de raíces y lianas, no hace muchos años aparecieron las ruinas de los templos milenarios de Angkor. Una vegetación salvaje se había tragado a los dioses y toda la sabiduría que allí impartieron los monjes budistas estuvo ahogada durante siglos por el griterío de los monos, que iban saltando de rama en rama a platicar en las salas del monasterio. Esa es la primera enseñanza que recibí en este viaje al Lejano Oriente. Puede que todos llevemos dentro un mono parlanchín que debe elegir entre dios y la naturaleza, el dilema inexorable. Después en Nepal, a los pies del Himalaya, se extendía la miseria humana de Katmandú y sobre ella se vislumbraban con toda su pureza el Everest y el Annapurna, aquel más alto, este más cruel, los dos puestos allí delante como un desafío ascético de la mente. El principal comercio de Katmandú consiste en ropa de abrigo, en instrumentos y equipos para escalar esas cimas cuya última arista está poblada de alpinistas muertos, congelados, con una sonrisa azul. En una colina de Katmandú se levanta el monasterio de Kopan y allí una mañana el monje budista tibetano, el Venerable Namgyel, impartió una lección magnífica, que era otra forma de alpinismo, esta vez hacia las alturas del espíritu. Unos tratan de ascender al Annapurna, otros intentan escalar a sí mismos, dos cumbres igual de peligrosas. Después de la plática, en el restaurante Baithak, instalado en el antiguo palacio de un sátrapa, compartí unos alimentos con este sabio budista. Le hice algunas preguntas. Le dije: se puede demostrar por las leyes físicas que el sol sale todos los días, pero metafísicamente no se puede demostrar. El sol saldrá mañana solo si uno quiere. ¿Es eso cierto? El Venerable contestó: en efecto, el sol saldrá para ti si realmente lo necesitas. Seguí departiendo con él durante la comida asuntos del espíritu y hubo un momento en que se me saltaron las lágrimas. Esta convulsión no era debida a alguna profunda reflexión sobre mi karma que hubiera expresado el sabio budista. Sucedió que había mojado una nuez exótica en una salsa rabiosa y en medio de tanta espiritualidad se me fundió el cerebro y comencé a llorar. En Oriente basta con una nuez para llegar a las lágrimas.

